

La comunicación desigual*

Eduardo Galeano**

Quiero agradecerles a todos que hayan venido hoy, la mucha gente que ha venido, los muchos compañeros que están aquí, caras casi todas jóvenes y no sé si será prueba de masoquismo nacional.

Quiero dedicar esta jornada a tres personas que no nacieron aquí en México, pero que han hecho de México su casa. A tres amigos. En primer lugar, un amigo que además es primo y se llama Jorge Galeano y que es profesor de esta casa, aquí en Xochimilco. Y a la memoria de otras dos personas a las que yo estuve muy entrañablemente unido, que han muerto, que ya no están, que murieron aquí en México; México,

* Conferencia brindada el 13 de octubre de 1995 en la Unidad Xochimilco, invitado por el Área Problemas de América Latina del Departamento de Política y **Cultura**.

**** Escritor. Autor de *Las venas abiertas de América Latina*, entre otras muchas obras.**

que fue para ellos tierra de exilio, tierra elegida y que, sin embargo, aunque no están, siguen sin estar estando, como ocurre con la gente linda que deja ese mito de vida que no se desvanece nunca. Me refiero a don Carlos Quijano, de quien el rector habló, y a un hombre que no ha sido mencionado pero que amó entrañablemente a México, que fue un tipo muy generoso y muy humilde, dos condiciones rarísimas en el gremio nuestro de los escritores. Este hombre se llamaba Gregorio Selser. Y ahora empezamos...

Nunca el mundo ha sido tan desigual en las oportunidades que brinda, pero tampoco ha sido nunca tan igualador en las ideas y las costumbres que impone. La igualación obligatoria, que actúa contra la diversidad cultural del mundo, impone un totalitarismo simétrico al totalitarismo de la desigualdad de la economía impuesto por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otros fundamentalistas de la libertad del dinero.

En el mundo sin alma que se nos obliga a aceptar como único mundo posible, no hay pueblos sino mercados, no hay ciudadanos sino consumidores, no hay naciones sino empresas, no hay ciudades sino aglomeraciones y no hay relaciones humanas sino competencias mercantiles. Nunca ha sido menos democrática la economía mundial. Nunca ha sido el mundo más escandalosamente injusto. La desigualdad se ha duplicado en 30 años. Según los datos de las Naciones Unidas y del Banco Mundial, en 1960 el 20% de la humanidad, el que más tenía, era 30 veces más rico que el 20% que más necesitaba. En 1990, la diferencia entre la prosperidad y el desamparo había crecido al doble y era de 60 veces, y en los extremos de los extremos, entre los ricos riquísimos y los pobres pobrísimos, el abismo resulta mucho más hondo.

Sumando las fortunas privadas que año tras año exhiben con obscena fruición las páginas "pomofinancieras" de las revistas *Forbes* y *Fortune*, se llega a la conclusión de que 100 multimillonarios disponen actualmente de la misma riqueza que 1 500 millones de personas. La desigualación económica tiene quien la mida. El Banco Mundial, que tanto hace por multiplicarla, la confiesa, por ejemplo, en su informe de 1993 y la confirma las Naciones Unidas en otros informes de 1993 y 1994. La igualación cultural, en cambio, no se puede medir; sus demoleedores progresos, sin embargo, rompen los ojos: los medios de comunicación de la era electrónica, mayoritariamente puestos al servicio de la incomunicación humana, están imponiendo la adoración unánime de los valores de la sociedad de consumo, y nos están otorgando el derecho de elegir entre lo mismo y lo mismo, en un tiempo que se vacía de historia y en un espacio universal que tiende a negar el derecho a la identidad de sus partes.

Nunca se había desarrollado tanto la tecnología de la comunicación, pero este mundo comunicadísimo se parece cada vez más a un reino de mudos. La propiedad de los

medios de comunicación se concentra cada vez en menos manos. Los medios dominantes están monopolizados por los pocos que pueden llegar a todos. Nunca tantos han sido tan incomunicados por tan pocos. Cada vez son más los que tienen el derecho de escuchar y el derecho de mirar, pero cada vez son menos los que tienen el privilegio de informar, opinar y crear.

La dictadura de la palabra única y la dictadura de la imagen única son mucho más devastadoras que la dictadura del partido único. Están imponiendo un modo de vida que tiene por ciudadano ejemplar al consumidor dócil y al espectador pasivo que se fabrican en serie y a escala planetaria, según el modelo norteamericano de la televisión comercial. No se ha internacionalizado el modelo de la televisión pública europea, sino que los cuatro puntos cardinales del globo y la propia Europa han sido conquistados por ese mortal *cocktail* de sangre, *valium* y publicidad que dictan las pautas de la televisión privada en los Estados Unidos.

¿Cómo funciona la cultura de la igualación obligatoria en un mundo cada vez más desigual? El mundo de fin de siglo que funciona para pocos y contra muchos está marcado a fuego por una doble paradoja. Primera paradoja: la economía mundial necesita un mercado de consumo en perpetua expansión para que no se derrumben sus tasas de ganancia, pero a la vez necesita, por la misma razón, brazos que trabajen a precio de *ganga*¹ en los países del Sur y del Este del planeta. Segunda paradoja, hija de la primera: el Norte del mundo dicta órdenes de consumo cada vez más imperiosas dirigidas al Sur y al Este para multiplicar a los consumidores, pero en mucha mayor medida multiplica a los delincuentes. O sea, convida a todos al banquete, pero a la gran mayoría le cierra la puerta en las narices. La invitación al consumo es una invitación al delito.

La varita mágica de los empréstitos, la deuda externa que engorda, engorda y engorda hasta más allá del estallido, permite atiborrar de nuevas cosas inútiles a la minoría consumidora, al servicio del *purapintismo*² de nuestras clases altas y de la *copiandería* de nuestras clases medias. Y la televisión se encarga de convertir en necesidades reales las demandas artificiales que el Norte inventa sin descanso y exitosamente proyecta sobre el mundo. Ahora estamos todos obligados a comprar pasajes en el crucero de la modernización, pero ocurre que en las aguas del mercado abundan más los naufragos que los navegantes; para quién sabe cuántos millones de jóvenes latinoamericanos condenados a la desocupación o a la ocupación con salarios de hambre, la publicidad no estimula la

¹ Ganga: muy barato (N. del E.)

² Referencia a la apariencia (N. del E.)

demanda sino que estimula la violencia. Los avisos proclaman que quien no tiene, no es. Quien no tiene auto o zapatos de marca es un nadie, una basura. Y así, la cultura del consumo imparte clases para el multitudinario alumnado de la escuela del crimen.

La cultura del consumo no es la única *profesora* de esa escuela del crimen. Pero es una profesora muy eficaz; y hay otras más. La más importante, la que es la rectora (con todas mis disculpas y mis respetos), sería la injusticia social. Yo creo que ésa sería la rectora de la escuela del crimen. Mientras haya injusticia social habrá crimen y éste se multiplicará. Otra *profesora* de alta eficiencia en la escuela del crimen es la impunidad del poder, que proyecta desde las cumbres de la sociedad el peor de los ejemplos sobre la sociedad en su conjunto, o sea, el ejemplo de un sistema que recompensa al revés: donde a los que les va mejor son los que menos escrúpulos tienen; y, en cambio, la gente honesta, decente, está condenada a ganarse la vida de mala manera.

Crecen las ciudades y en ellas, y más que ellas, crece el delito. Al apoderarse de las cosas que brindan existencia a las personas, cada asaltante quiere ser como su víctima y la *tele* ofrece el servicio completo: no sólo enseña a confundir la calidad de vida con la cantidad de cosas, sino que además brinda cotidianos cursos audiovisuales de violencia, que los videojuegos complementan: "golpea antes de que te golpeen" es lo que aconsejan los juguetes electrónicos. "Estás solo, sólo cuentas contigo". Coches que vuelan, gente que estalla; "tú también puedes matar". Éstas son frasecitas tomadas directamente de algunos videojuegos que contemplan nuestros *angelitos de dios* en nuestros tiempos más bien violentos.

Nunca el mundo ha sido tan injusto en el reparto de los panes y de los peces, pero el sistema que en el mundo rige y que ahora se llama pudorosamente economía de mercado (cuando yo era chico se llamaba capitalismo), se sumerge cada día en un baño de impunidad, y los medios dominantes de comunicación que muestran la actualidad como un espectáculo fugaz, ajeno a la realidad y vacíos de memoria, bendicen y ayudan a perpetuar la organización de la desigualdad creciente. La pobreza puede merecer lástima pero ya no provoca indignación: hay pobres por ley de juego o fatalidad del destino. Hasta hace 20 o 30 años, la pobreza era fruto de la injusticia: lo denunciaba la izquierda, lo admitía el centro y muy rara vez lo negaba la derecha. Mucho han cambiado los tiempos en poco tiempo. Ahora resulta que la pobreza es el justo castigo que la ineficiencia merece, o un modo de expresión, uno más del orden natural de las cosas. La pobreza se ha desvinculado de la injusticia y la propia noción de injusticia, que antes era una certeza universal, se ha desdibujado hasta desaparecer. El código moral de este fin de siglo no condena la injusticia, condena el fracaso.

Recientemente, Robert McNamara, quien fue uno de los responsables de la guerra de Vietnam y después fue presidente del Banco Mundial (no sé si mató más gente como responsable de la guerra de Vietnam o como presidente del Banco Mundial), escribió un largo arrepentimiento público, un libro que se llama *In Retrospect*, publicado por Times Books hace pocos meses, en el que reconoce que la guerra de Vietnam fue un error. Eso, muy interesante, es porque la guerra, que mató a tres millones de vietnamitas y a 58 mil norteamericanos, fue un "error", según McNamara, porque no se podía ganar. No es que fuera un "error" porque fuera injusta; el pecado estaba en la derrota, no en la injusticia. Según McNamara, ya en 1965 el gobierno de los Estados Unidos disponía de abrumadoras evidencias que demostraban la imposibilidad de la victoria de sus fuerzas invasoras, pero siguió actuando como si la victoria fuera posible. El hecho de que esas fuerzas invasoras estuvieran aniquilando a un pueblo y arrasando su tierra para imponer a Vietnam un gobierno militar que Vietnam no quería, está fuera de la cuestión. En un sistema de recompensas y castigos que concibe la vida como una despiadada carrera entre pocos ganadores y muchos perdedores, los *winner*s y los *loser*s, la derrota es el único pecado que no tiene redención.

Con la violencia ocurre lo mismo que con la pobreza. Al sur del planeta donde habitan (habitamos) los perdedores, la violencia rara vez aparece como resultado de la injusticia. La violencia casi siempre se exhibe como el fruto de la mala conducta de los seres de tercera clase que habitan el llamado Tercer Mundo, condenados a la violencia porque ella está en su naturaleza. La violencia corresponde, como la pobreza, al orden natural, al orden biológico, o quizás al orden zoológico de un submundo que así es porque así ha sido y así seguirá siendo.

Al mismo tiempo que McNamara publicaba su libro, estalló un escándalo que tuvo repercusión sobre la opinión pública norteamericana y mundial. Un coronel del ejército de Guatemala, que era además funcionario de la CIA, como ocurre con todos o casi todos los coroneles del ejército de Guatemala, fue acusado del asesinato de un ciudadano de los Estados Unidos y de la tortura y muerte del marido de una ciudadana de los Estados Unidos. Entonces, los medios de comunicación, que difundieron abundante información sobre el asunto, prestaron poca o ninguna importancia al hecho de que la CIA viene financiando asesinatos y poniendo y sacando gobiernos en Guatemala desde que en 1954 organizó, con el visto bueno del general Eisenhower, el golpe de Estado que volteó al gobierno democrático de Jacobo Arbenz. Entonces, el presidente Clinton ordenó una investigación oficial sobre la responsabilidad de la CIA en esos dos casos denunciados, que eran casos de ciudadanos de los Estados Unidos, pero no ordenó ninguna investigación sobre la responsabilidad de la CIA y de otros órganos del gobierno norteamericano en la larga y sistemática carnicería que ha costado la vida de por lo menos 100 mil guatemaltecos, en su mayoría indígenas, en estos últimos años.

A propósito de esto, yo estaba en los Estados Unidos cuando McNamara publicó su libro y cuando estalló el escándalo del coronel guatemalteco que trabajaba para la CIA y había cometido el imperdonable pecado de haber matado a un ciudadano de los Estados Unidos —que matar indios podía todo lo que quería y de eso nadie se enteraba—, pero se metió nada menos que con un intocable y entonces súbitamente se convirtió en villano. Yo estaba en los Estados Unidos, en la Universidad de Stanford en ese momento, y sumergido en una piscina. Se me acercó una pareja de viejos profesores de la universidad, ya jubilados, seguramente sabios en algo... (Es muy buena la experiencia que uno adquiere en las universidades norteamericanas para comprobar que es muy peligrosa una cultura que está tan compartimentada, o sea, esta cultura que se nos quiere imponer como única forma de cultura, que consiste en una suerte de división del trabajo y de especializaciones especializadísimas, donde alguien puede ser supersabio, más sabio que Dios en un pedacito de la realidad y un perfecto bruto en todo lo demás. Eso es una buena enseñanza: ir allí y percibir hasta dónde llega el nivel de ignorancia de la opinión pública norteamericana, y de los niveles más sofisticados de esa opinión pública —que son los niveles universitarios—, con respecto a los problemas del mundo; tienen el mundo en sus manos y no saben ni dónde queda el mundo). Como me ocurrió esa mañana que yo estaba en una piscina leyendo el diario. Entonces se acerca esta pareja de ancianos tiernos, lindos, dulces, y me dicen, en inglés, "¿de dónde es?", "¿Where are you from?", y yo les dije "Uruguay". Eso provocó estupor en esta pareja de ancianos sabios..."Uruguay", dijeron; les dije "sí, Uruguay". Se quedaron un rato meditando sobre mi situación. Entonces el profesor, no la profesora, me dijo "claro, claro, hemos estado haciendo cosas terribles en su país". Yo les dije "no, ése es Guatemala", pero también la palabra "Guatemala" provocó la misma sensación de estupor. "Guatemala", dijeron, y para aclarar las cosas les dije "Central America", América Central. Y ahí la mujer casi se me desmayó, porque para ellos América es Estados Unidos, entonces el centro de América está en Kansas. Están tan acostumbrados a que América son ellos que la idea de que al centro de América estuviera un algo que se llama "Guatemala" parecía una cosa completamente loca. Y para colmo, llegó después un amigo chileno que se metió y otra vez la misma cosa, pero ahí con Chile cambió; dijeron "Wonderful, wonderful, Chile, Ipanema Beach", y yo le sugerí a mi amigo chileno que mejor nos saliéramos de allí porque se estaba poniendo pesado el ambiente.

El baño de sangre de Guatemala, que siempre ha sido considerado natural y que casi nunca ha llamado la atención de los medios de comunicación que fabrican la opinión pública, adquirió, en esos días, una súbita relevancia que sirvió a la causa de los derechos humanos en Guatemala. Por lo menos, por una vez esa causa no resonó en campana de palo, pero también confirmó la discriminación racista que impera en la desinformación mundial. En el mismo sentido, no resulta casual que el crimen de Orlando Letelier, una excepción a la norma de impunidad en Chile, haya desembocado en la condena a prisión

de dos altas figuras de la dictadura del general Pinochet, porque Letelier fue asesinado con su secretaria norteamericana en la ciudad de Washington, que es como decir en el centro del centro del mundo. Su caso conmovió a los medios políticos y periodísticos de los Estados Unidos, lo que le dio trascendencia internacional. Y contribuyó a la eficacia del trabajo de los militantes de la causa de la justicia, que al menos por una vez no fueron defraudados. Pero cabe preguntarse ¿qué hubiera ocurrido si Letelier hubiera caído en una ciudad latinoamericana, como sucedió, por ejemplo, con el general chileno Carlos Pratts, impunemente asesinado con su esposa, también chilena, en Buenos Aires en 1974?

"Automóviles imbatibles", "jabones prodigiosos", "perfumes excitantes", "analgésicos mágicos". A través de la pantalla chica el mercado hipnotiza al público consumidor. Pero, a veces, entre aviso y aviso la televisión cuele imágenes de hambre y de guerra. Esos horrores, esas fatalidades vienen siempre del otro mundo, donde el infierno acontece, y no hacen más que destacar el carácter paradisiaco de las ofertas de la sociedad de consumo. Con frecuencia esas imágenes vienen de África; el hambre africana se exhibe como una catástrofe natural y las guerras africanas no enfrentan etnias, pueblos o regiones, sino "tribus", y no son más que "cosas de negros". Las imágenes de negros jamás aluden, ni siquiera de paso, al saqueo colonial. Jamás se menciona la responsabilidad de las potencias occidentales que ayer desangraron a África, a través de la trata de esclavos y del monocultivo obligatorio y hoy perpetúan la hemorragia pagando salarios enanos y precios de ruina. Lo mismo ocurre con las imágenes de las guerras: siempre el mismo silencio sobre la herencia colonial, siempre la misma impunidad para los inventores de las fronteras falsas que han desgarrado África en más de cincuenta pedazos, y para los traficantes de la muerte que desde el Norte venden las armas para que el Sur haga las guerras. Es como decir "estos negros, fíjense, les damos la libertad y miren lo que hacen con ella".

Pongamos por caso la guerra de Ruanda, que ha brindado una de las más atroces imágenes de carnicería humana durante 1994 y parte de 1995, mucho más atroces que las imágenes de Yugoslavia, pero ni por casualidad se ha escuchado la menor referencia a la responsabilidad de Alemania, Bélgica y Francia, que sucesivamente han contribuido a hacer añicos la tradición de tolerancia entre los tutsis y los hutus, dos pueblos que habían convivido pacíficamente durante varios siglos, antes de ser entrenados para el exterminio mutuo.

Los dueños de la información en el tiempo de la informática llaman comunicación al monólogo del poder. La universal libertad de expresión consiste en que los suburbios del mundo tienen el derecho a obedecer las órdenes que el centro emite y el derecho a hacer suyos los valores que el centro impone. No tiene fronteras la clientela de la industria cultural en este supermercado de dimensión mundial donde se ejerce el control social en

escala planetaria. Éste es el tramposo espejo que enseña a los niños latinoamericanos a mirarse a sí mismos con los ojos que los desprecian, y los amaestra para aceptar como destino la realidad que los humilla.

Según los datos de la UNESCO, las horas de la televisión duplican las horas del aula en la vida de los niños latinoamericanos. Eso dice el promedio, pero en cuántos casos las horas de televisión son las horas del aula, las únicas horas del aula. La educación pública ha sido la más castigada por la desintegración del Estado en América Latina. Como la salud pública, la educación ha sido desmantelada por el huracán del neoliberalismo y ahora la educación es, más que nunca, el privilegio de quien puede pagarla, porque de los demás se ocupa la *tele*.

La embestida avasallante de esta incomunicación que nos deseduca no hace más que destacar la dimensión del desafío que estamos enfrentando. En lucha desigual, pero en lucha más que nunca necesaria, ahora que la moda de fin de siglo nos manda apear-nos de la esperanza, como si la esperanza fuera un caballo cansado.

Gracias por escucharme.